



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá



De aquel viejo dolor

...Volvían de la residenta.

Una mañana, dos años antes, llegáales la orden de marchar. Las evocaciones de aquel día se agolpaban ahora tumultuosamente en su memoria, al divisar desde la loma el paisaje nativo tan lleno de los recuerdos de su infancia. Hubieran querido llorar, llorar dulcemente, a la vista del valle amado, pero dos años de sufrimiento constante habían extinguido las fuentes de sus lágrimas.

¡El dolor de aquella despedida! Anudados en un puñado de almas maceradas, los niños y las mujeres emprendieron la marcha sin destino. Mujeres y niños únicamente, porque todos los varones con fuerzas para empuñar un arma hacía tiempo que partieran para la guerra⁽⁶⁾. Iban a dejar la casa, y la casa parecía participar, con una expresión humanizada, de la congoja que entre sus muros estrujaba los corazones. [48]

-¡Mi jardín! -clamaba una de las mozas-. ¡Mi jardín!

Bajo el sereno azul de la mañana vibrante de sol, las rosas y los claveles parecían empalidecer en la angustia que, como un soplo letal, les infundía el desconsuelo de la joven. Esta había removido con sus manos blancas y delicadas toda esa tierra, plantando y trasplantando; y había visto brotar y crecer cada una de sus plantas; y una rosa amanecida en un alba lejana y fresca de rocío fuera en la cascada de su ondulante cabellera el primer adorno de su naciente y soñadora coquetería. La dolorida doncella corrió a su rosal predilecto, cogió la última rosa, aspiró profundamente su perfume, y cuando como todas las mañanas, iba a empurpurar con ella la negra mata de sus cabellos, díjose a sí misma:

-No, ésta ha de ir sobre el corazón...

Y allí se la puso, como para sentir la caricia de su jardín entre las palpitaciones tormentosas de su duelo.

Marcharon.

El campo conjugaba con la mañana esplendorosa el poema ensoñador de los paisajes paraguayos. El sol rutilante bruñía con sus ondas de oro la vegetación múltiple y olorosa, y la vegetación encendida respondía al cálido beso con una riqueza orgiástica de colores y matices. Como todos los días, las cosas de la naturaleza cumplían indiferentemente su misión: cantaban los *guyrá coe-mba*⁽⁷⁾, los arroyos murmuraban [49] el jadeo de su viejo andar cansino, los lapachos en flor perfumaban el aire, las frívolas margaritas se erguían decorativas entre la grama espesa y brillantada de escarcha. La misma faena de todos los días frente al drama de aquellos seres aventados del hogar por la borrasca de la guerra.

¡La residenta!

¡Dos años, dos siglos, una eternidad! Al descender de la loma, después de mirar por última vez la casona abandonada, empezó para ellos un deambular gitano a lo largo de caminos sin fin ni alivio. Impelíalos el trágico tumulto del avance hostigante de los enemigos en pos de los ejércitos patrios que, aniquilados, hambrientos y andrajosos, se replegaban palmo a palmo, sellando con su sangre cada árbol, cada roca, cada matorral en su fulgurante y martiroológica trayectoria. Cuando creían hallar una tregua, el rumor de los escuadrones enemigos los devolvía al frenesí de la huida. Y así anduvieron dos años, escalando sierras, cruzando bosques, vadeando ríos. ¡Cuántas veces oyeron, azorados, el rugido de las fieras en acecho, cuando ellos se desvelaban en los improvisados campamentos! Hambres, y fatigas, y terrores sin cuento. ¿Cómo todo ello pudo caber en la frágil resistencia física del grupo de mujeres y niños echados a rodar por los senderos sin fin de la patria?

* * *

Volvían de la residenta.

Ya no atronaba los caminos el galopar de la persecución. [50] Ni tampoco quedaba ya sangre paraguaya que derramar. El grupo de niños y mujeres regresaba desde un selvático confín del territorio.

¿Alegría o tristeza de volver? Ni una ni otra cosa. Impasibilidad glacial del corazón. Indiferencia estoica. Ni alegría ni tristeza, porque encontrados sentimientos se balanceaban y neutralizaban, hasta dejar, solamente, un neutro sabor de ceniza. La vuelta, sí, la vuelta... La casona, el calor de las cosas familiares que esperaban encontrar de nuevo, el descanso de la odisea... Pero, ¿y la pobre abuelita que no pudo soportar la rudeza de aquella marcha sin tregua, y una noche, durmiendo, recostada en un árbol, se quedó dormida para siempre? ¿Y el hermanito que sucumbió en las faldas de la madre, con los ojos hundidos por el hambre? Tumbas dejadas para siempre en lugares lejanos. ¿Cómo separarse de ellas sin pena, aunque fuese para volver al hogar?

Con ese fardo de indiferencia triste a costas, marcharon y marcharon, desandando lo andado. En el camino se encontraban con otros grupos que también regresaban. Uníanse todos y se acompañaban mutuamente, hasta donde lo permitían los diversos rumbos. Muchas veces los grupos se componían de criaturas que, por haber perdido a sus madres y parientes mayores, se habían buscado y asociado para correr juntos la misma suerte. Y estos grupos eran el gran dolor, entre los muchos dolores del ambular por los desiertos. Mujercitas de ocho a diez años habían asumido el papel de madres de los pequeños. [51] Ellas llevaban de la mano o en brazos a sus hermanitos, e iban en silencio, sin una queja, sin una lágrima, sin una impaciencia, presidiendo la marcha con una impresionante gravedad y prodigando en torno suyo la pobre protección de su ternura. Cuando la noche se acostaba en el camino y los pequeños peregrinos hacían alto, la dulce voz de esas madrecitas se alzaba, entre los pavorosos rumores de la selva, implorando la misericordia de Dios para la madre cuya tumba abierta en un matorral quedaba sola y perdida...

* * *

Ahí quedaba la casona.

Ahí quedaba, sí, pero en vano la buscaban sus miradas porque ella no aparecía, como apareciera antaño, toda blanca, al otearla desde la loma. De nada servía la claridad impetuosa de la mañana que mostraba despejado el horizonte. Los muros familiares no asomaban al reclamo ansioso de los ojos.

Bajaron la loma, y con punzante dolor tomaron el sendero por donde otrora tantas veces fueran y vinieran en el lujoso carretón de los largos viajes entre la ciudad y la estancia. Y llegaron. El solar de la casona era ése, pero la casona no existía. Los gruesos muros de adobe habíanse desplomado corroídos por las lluvias tenaces, y eran un aplastado montón de escombros envueltos en yuyos. Nada quedaba de la antigua construcción. El único vestigio que allí subsistía del ambiente doméstico era el viejo naranjal, bajo cuya fronda jugaran varias [52] generaciones de la familia. Y el naranjal los acogió, en la tristeza de aquella devastación, con el amparo de sus combas y el regalo de sus frutos. Allí se instalaron las mujeres y los niños. Allí empezaron a vivir, a la sombra de recuerdos y esperanzas, con el rico tesoro de ciencia que dos años de rudo vagar les diera en copiosa experiencia de sufrimiento, fortaleza y conformidad.

Las manos que antes removieran el jardín desaparecido cultivando rosales y jazmineros, reanudaron la faena, pero no ya para formar con alegría floridos canteros, sino para producir con pena el pareo sustento. Durante el día, las mozas trabajaban en la capuera. Durante largas horas de la noche, hilaban y tejían. Su primer día de fiesta, en aquella

pobreza y soledad, fue ese en que pudieron reemplazar los harapos de la residenta por las humildes ropas de su propia industria.

Y empezó la reconstrucción de todo lo derruido por la tormenta de la guerra. Alzaronse nuevamente, poco a poco, los muros de la casa. Renació el jardín. Pobláronse los corrales. En el campo, donde no quedara ni una res del antes opulento rodeo, volvieron a mugir las vacas, y a balar los terneros, y a galopar la primera tropilla...

Un día, por el camino nuevamente transitado y como revivido de su larga soledad, pasó un jinete. Era joven y apuesto: primera mocedad varonil que pasaba por allí, desde el día en que toda la juventud comarcana se sumergiera en los abismos de la guerra. Pasó ante la casona, saludó rendidamente a las [53] mozas que junto a la tranquera hundían la mirada en la nostalgia vespéral del campo sin límites; y, antes de perderse en la distancia, volvió varias veces la cabeza para mirar con galante ahínco. Cuando su figura se borró totalmente en la lejanía, Nicasia sintió que el jinete dejaba encendida en su corazón una milagrosa lumbre de ensueño, tal como un rayo de sol enciende arboles en el crepúsculo matutino. Y otra vez, a partir de esa tarde, las rosas del renacido jardín volvieron a empurpurar su negra cabellera olvidada de esta gala.

La vieja tía que me hacía este relato, concluyó así:

-«Volví a encontrar en mi alma la juventud perdida en los largos y eternamente anochecidos caminos de la residenta. Soñé nuevamente. La vida se coloreó de esperanza para mí. Y aquel primer doncel que pasó junto a la casona, despertando mi dormido corazón, hizo florecer junto a mis rosas los dulces azahares de mi idilio». [54]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

